

había pasado nada; era que sus ojos habían visto visiones.

Se hallaban en los postres cuando fué entregada á Luis una carta que acababan de llevar; leyó el sobrescrito, y exhaló una especie de suspiro, y dejando la carta sobre la mesa, siguió comiendo; mas poco después pensó lo que pensó, y rasgando el sobre leyó la carta. No era posible dudar de la emoción que la lectura le causaba, pues brillaron sus ojos y se animó vivamente su semblante. No fué esto solo, sino que se levantó de la mesa, excusó su ausencia con algunas palabras y desapareció del comedor.

— Los pleitos — dijo Montero — le van á quitar la vida, y va á ser preciso adoptar una resolución heroica.

— ¿Cuál? — preguntó Margarita sonriendo.

— Pegarle fuego al despacho — contestó el coronel; — no encuentro otra.

Poco después salieron del comedor el ahijado y el padrino.

Margarita se quedó sola, de pie, delante de la mesa, sobre la que había dejado Luis olvidada la carta que le había hecho salir con tanta precipitación.

Los ojos de Margarita, sin que ella pudiera sujetarlos, habían leído el sobrescrito, y no se le había ocultado que la letra era letra de mujer; letra fina, correcta; vamos, letra de princesa. Allí estaba la carta, y Margarita la tomó en su mano; pero, como si le hubiera quemado los dedos el contacto del papel, volvió á dejarla sobre la mesa.

Si Montero hubiera visto la palidez que en aquel momento cubría sus mejillas, habría advertido que aún quedaban nubes en el cielo de aquella casa.

Margarita, después de algunos momentos de indecisión, hizo un esfuerzo, y cogiendo la carta, la ocultó en el bolsillo de su vestido. No quería leerla, pero debía guardarla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPITULO XX

### LUCHA

La historia está llena de guerras en que las ambiciones de los pueblos y la soberbia de los hombres han ventilado alguna vez su derecho, muchas veces sus injusticias, pues aunque la fuerza suele estar al lado del derecho, las guerras son siempre una apelación al supremo derecho de la fuerza. Si bien se considera, el rastro que el género humano deja al pasar por la tierra es un rastro de sangre. Y como no siempre la victoria se decide en favor de los ambiciosos, entre las diversas victorias con que se honran, lo mismo los pueblos salvajes que los pueblos civilizados, hay algunas que verdaderamente constituyen títulos de gloria, porque el triunfo alcanzado no ha sido la sanción de una infamia.

Yo, en el momento en que escribo estas líneas, recuerdo con singular complacencia nuestra guerra de la Independencia. Y no es consuelo que busco á los desastres que nos cercan, ni una pueril satisfacción de mi vanidad española. No; no es consuelo ni satisfacción; es esperanza. Es que la caída del primer imperio francés me hace esperar la caída de otro novísimo imperio que, como aquél, puede muy bien llevar el primer golpe en este rincón de Europa que llamamos España, para sucumbir después en su Waterloo.

El Goliath de estos días no tiene la espada tan larga

como el Goliat de principios del presente siglo, y le tiene miedo á su propia empresa, porque ve que la piedra de David está ya puesta en la honda.

A aquel de los lectores á quien no le agrada la consideración que dejo apuntada, puede omitir su lectura, porque no me he propuesto trazar aquí el cuadro de ninguna de esas batallas memorables de que están llenas las páginas de la historia.

La lucha que voy á bosquejar es ciertamente histórica, pero no es ruidosa; pertenece á ese combate trabado desde el principio del mundo dentro del corazón humano. Es una de esas luchas sordas que sostenemos con nosotros mismos. Los combatientes que van á disputarse el triunfo son una débil mujer y una tentación muy fuerte.

Margarita recogió la carta que Luis había dejado sobre la mesa, ocultándola en el bolsillo de su vestido. La cuestión, pues, se presentaba de este modo:

«¿La leería?»

En un carácter vulgar, de esos que forman la gran mayoría del género humano, el combate hubiera sido imposible, y ni siquiera habría llegado á suscitarse, porque la carta habría sido leída desde el primer momento sin vacilación ninguna. De cien mujeres, noventa y nueve lo menos no hubieran titubeado ni un instante en sorprender aquel secreto que se les venía á las manos. ¡Qué duda tiene! Pero nosotros tenemos algunos motivos para saber que Margarita es una mujer que no pertenece enteramente al vulgo de las mujeres, y el caso no debe parecernos inverosímil.

Cualquiera que fuese el incitante interés que aquella carta le inspirase, comprendía perfectamente que no debía leerla. Si la recogió de la mesa en que Luis la había dejado olvidada, fué pura y simplemente para evitar que cayera en otras manos menos discretas. No tuvo otro objeto al ocultarla en su bolsillo. De esta manera corregía la impre-

visión de su marido, que la dejó olvidada sobre la mesa.

Tal vez la carta no contenía ningún secreto de importancia. Esto, á lo menos, era posible; de otro modo, Luis no la habría olvidado tan fácilmente; pero una carta insignificante no habla de tener el privilegio de conmover á Luis de la manera que aquella carta le había conmovido. Margarita pudo ver el súbito resplandor con que brillaron sus ojos al recorrer el contenido de la carta. No debió escapársele la viva impresión que le causaba, la transformación de su fisonomía, y hasta cierto temblor imperceptible de la mano con que sostenía la carta. Y si todo esto pasó sin que ella lo advirtiera, no era posible que dejara de notar la precipitación con que se levantó de la mesa, abandonó el comedor y salió de casa en el momento en que Margarita iba á obtener nuevos aplausos, porque entre los postres se hallaban unos *soplillos de rosa*, única golosina á que era Luis aficionado.

Todos estos datos se reunían para atestiguar que el contenido de la carta era de importancia.

Margarita metía de vez en cuando la mano en el bolsillo, y la daba vueltas entre sus dedos, casi tantas como le daba en su imaginación; porque, en fin, si no le era lícito leerla, tampoco le estaba prohibido discurrir acerca de cuál pudiera ser su contenido; y es claro, su imaginación se perdía en un mar de suposiciones.

Se encontraba sola frente á frente de un secreto que llenaba de inquietud su alma, y experimentaba las poderosas insinuaciones de una tentación terrible.

Serafin se había dormido sobre un sofá; Montero jugaba, como de ordinario, su partida de tresillo, y el brigadier y la baronesa, que la acompañaban casi todas las noches, no habían llegado todavía. Margarita, pues, se encontraba sola, sin más compañía que la de sus agitados pensamientos.

Sacó la carta, examinó de nuevo el sobrescrito, y confirmó su primera idea; no podía dudarse de que era una mano de mujer la que había trazado aquellas letras. Y vaya usted á poner tiento en las alucinaciones de una imaginación preocupada. Seguía Margarita con mirada ávida el encadenamiento de las letras, y creía advertir cierto esmero, cierta coquetería en los rasgos. Tal vez más con los ojos de su inquietud que con los ojos de la cara, veía que la mano autora del sobrescrito se había complacido en contornear graciosamente los perfiles con que entre sí se enlazaban las letras; le parecía que el nombre de Luis había sido escrito con cariño; que era una mano apasionada la que había trazado aquellos renglones.

Margarita se encontraba en una situación de ánimo que comprenderán perfectamente todos los que hayan sentido alguna vez el amargor de los celos. Y no eran ni la envidia excitada, ni la vanidad ofendida las que agitaban su corazón; no era un sentimiento desesperado el que afligía su alma. Lo que sentía era un terror indecible, semejante al que hubiera experimentado viendo á Luis al borde de un precipicio y próximo á lanzarse en el abismo; quería asirse á él, detenerlo y salvarlo. Ella lo hubiera sacrificado todo á su dicha, y hubiera escondido sus lágrimas en el último rincón de su alma; pero aquello no era su dicha, y sólo podía ser su desgracia, porque, todos lo sabemos, los afectos culpables no pueden ser dichosos.

Ella profesaba á su marido tan grande estimación, que le aterraba la idea de verle rebajado á sus propios ojos; no podía resignarse á verlo descender del alto lugar que ocupaba en su corazón; no podía resignarse á pasar, de la tierna satisfacción de amarlo, á la triste necesidad de compadecerlo. Lo que sentía vivamente irritado era lo que podemos llamar el orgullo de su cariño.

Desde el momento en que sus temores adquirieron con-

sistencia en su imaginación, todo su pensamiento se concentró en esta palabra: «salvarlo.»

¿Cómo?..

He aquí una dificultad que sólo saben vencer las mujeres de verdadero talento.

¡Cómo!.. Con paciencia, con sumisión, con dulzura. Rodeándolo de cuidados, de atenciones de cariño; teniendo siempre la mansedumbre en los ojos y la sonrisa en los labios. Tejiendo á su alrededor una red de afecto, que sujeta sin violencia, que encadena sin esfuerzo.

Regla general: siempre que el hombre casado se imagina que ha encontrado el paraíso en los ojos de una mujer cualquiera que no es la suya, la propia es la primera que se lo hace creer convirtiendo la casa en un infierno.

Margarita no acababa de leer el sobrescrito; seguía con ojos ávidos el movimiento de las letras, llegaba al fin y volvía á empezar, como si á fuerza de leerlas hubiera querido borrarlas.

De repente se levantó del sofá en que se hallaba sentada, y fué á dejar la carta encima del mármol de la chimenea.

Sentía miedo de tenerla en la mano, porque experimentaba crecientes impulsos de abrirla. Su inquietud le había sugerido una reflexión, y ella decía:

«Este papel no contiene nada que pueda inquietarme; pero, ¡Dios mío!, yo soy una loca que estoy alimentando injustas cavilidades..., y si es así, Luis me agradecerá que la lea y salga de la confusión en que me encuentro y de la inquietud en que vivo. Y es claro: si no contiene ningún secreto que yo no deba saber, ¿qué inconveniente hay en que me decida á leerla?»

Discurriendo así, introdujo dos dedos por la abertura del sobre para sacar la carta, pero se detuvo exclamando:

«¡Ah, no, no!»

Y arrojó la carta sobre el mármol de la chimenea, y huyó de ella como se huye de un peligro.

«No — repitió; — Luis tiene secretos que no le pertenecen. Esa carta no es mía, y yo no debo leerla. ¿Qué le diré si encuentro en ella lo que no debo saber? ¿Le diré que no la he leído? ¿Me atreveré á mentirle? ¿No podrá dejar olvidada sobre una mesa de su casa una carta más ó menos importante, sin que su propia mujer sea la primera que abuse de su confianza? ¿Por qué me asaltan temores, tal vez injustos? Porque tenga miedo de perder su corazón, ¿estoy autorizada para sorprender los secretos de sus negocios, registrando su correspondencia? Soy su mujer; pero ¿esto me da derecho para ejercer un espionaje odioso?

Disgustada de sí misma, se apartó de la chimenea sobre la que había dejado la carta. Se había alejado de ella como la mariposa que, dando vueltas alrededor de una luz, huye para volver con nuevo ímpetu. La comparación no es exacta, porque Margarita no daba vueltas alrededor de una luz, sino de una obscuridad. Pretendía huir de sí misma, porque en su pensamiento estaba el vacío que la atraía.

Luego se replicó diciendo:

«Ó esto es una puerilidad, de que debo reirme, ó es una cosa demasiado seria, que no debo resolver irreflexivamente. Supongamos que todas estas quimeras que me persiguen no son quimeras: ¿qué he de hacer? ¿He de cruzarme de brazos?.. ¿No podré medir la extensión del peligro en que se encuentra?.. ¿No encontraré en esa carta un arma para defenderlo?.. ¡Dios mío!.. Si lo quiero con todo mi corazón, ¿cómo he de poder abandonarlo?..

Acercóse de nuevo á la chimenea y volvió á coger la carta con mano trémula, y como quien toma una resolución heroica, como quien obra á pesar suyo venciendo una obstinada resistencia, arrancó violentamente la carta del sobre en que estaba encerrada. El estremecimiento de su mano



LAS DOS MUJERES SE ENCONTRARON FRENTE Á FRENTE

se comunicaba al papel, que temblaba entre sus dedos. En realidad no era más que el primer paso; faltaba todavía desdoblarlo y leerlo. La rectitud de su corazón y la firmeza de su carácter se defendían valerosamente contra las sugerencias de sus celos, pero el primer paso lo decide todo.

Vacilaba sin atreverse á desdoblar el papel que tenía en la mano. Su conciencia le decía que era una traición; sus celos levantaban la voz y le gritaban: es un deber.

Apartó los ojos como si no quisiera ser testigo de su debilidad, y desdobló la carta.

Sobre el mármol de la chimenea había un espejo en el que se retrataba el semblante de Margarita, cubierto de extrema palidez. Si ella hubiera fijado los ojos en su imagen, se habría asustado de verse.

Quedaba el último paso, el paso decisivo. Con un solo movimiento de cabeza estaba resuelto el caso. Menos aún; bastaba una ligera inclinación de la mirada; esto es, el átomo imperceptible que hace inclinar la balanza.

Es imposible precisar lo que pasó en el ánimo de Margarita; pero ello es que volvió la mirada, dejándola caer sobre la carta abierta, cuyos renglones no esperaban otra cosa para saltar á sus ojos.

Durante los últimos esfuerzos de la lucha que Margarita había sostenido contra sí misma, la baronesa apareció en la puerta, cogiendo de espaldas á su amiga, y, queriendo sorprenderla, se adelantó de *puntillas*.

Era un juego de niña que la vivaracha baronesa se permitía, en razón á que en pocos días había rejuvenecido muchos años.

Llegó y se detuvo; y empinándose sobre las puntas de los pies, leyó por encima del hombro de su amiga la carta que ésta tenía en la mano.

Entonces comprendió que acababa de cometer una imprudencia, pues abrió la boca y los ojos desmesuradamen-

te; y comprimiendo la respiración para no ser oída, retrocedió..., retrocedió hasta llegar á la puerta por donde había entrado.

Allí hizo alto y respiró, y anunció su presencia tosiendo.

Al oír la tos de la baronesa, Margarita se estremeció, y ocultando apresuradamente la carta que tenía en la mano, se volvió, y las dos amigas se encontraron frente á frente.

Las dos estaban pálidas. Margarita bajó los ojos y la baronesa guiñó los suyos.

## CAPÍTULO XXI

### GOLPE SEGURO

La disposición de ánimo en que se hallaba Margarita no era la más á propósito para hacer aquella noche los honores de su casa; mas la sociedad impone sacrificios, que es preciso consumir con semblante apacible y con la risa en los labios.

Después de la baronesa fueron llegando otras personas, y poco á poco los salones de la señora de Góngora se vieron invadidos por esa *turba multa* tan movible, tan locuaz, tan frívola y tan amena, que vemos brillar en las altas regiones del gran mundo.

Desde el punto de vista de la *toilette*, Margarita se encontraba siempre dispuesta á recibir á sus amigos, porque había adoptado en el adorno de su persona la más exquisita sencillez; mas por lo que hace al aspecto de su fisonomía, tuvo que hacer algunas correcciones para salir al encuentro de aquella invasión impertinente, que al fin y al cabo iba á hacer las delicias de su casa. Era preciso agradecerle la violencia que venía á causarle; así es que compuso el semblante lo mejor que pudo para cumplir los deberes que le imponía esta recepción inesperada.

No sabía por qué se había dado cita tanta gente en su casa aquella noche, y es que ignoraba los dos acontecimientos del día. En primer lugar, la empresa del Teatro Real había suspendido la función anunciada, por la repentina